

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

LUCRECIA Y CÉSAR BORGIA.

Como explicar el ascendiente de Lucrecia, de aquella mujer cruelísima y que sin embargo, era el sueño de la juventud, y el ideal y la inspiración de los poetas de toda Italia? Era tan seductora su voz, tan bellos y melancólicos sus ojos y había tanto abandono y candidez en sus maneras, que sus mas grandes, sus mas implacables enemigos, aquellos a quien alguna vez intentó envenenar, deponían al mirarla su resentimiento; en su presencia estaban desarmados.

Difundía en su alrededor una fascinación casi imposible de vencer. Su mismo padre, el papa Alejandro VI, sus hermanos, sus primos y todos los señores de mas alto rango, participaron de ella. Mil entusiastas admiradores le dedicaban todas los dias bellísimas composiciones poéticas en su alabanza y no hubo vate que no la cantara que era un ángel del paraíso descendido á la tierra, bajo la forma de mujer, la mas divina de la creación.

Esto sin embargo no estorbaba de que circularsen los mas extraños rumores; nadie ignoraba que su padre y sus tres hermanos se disputaban su incestuoso amor; que de su órden habian matado á sus tres esposos, que habia hecho envenenar ó asesinar á mas de veinte nobles caballeros, y esto se sabia ó al menos se sospechaba con fundamento, y á pesar de todo, las gentes del pueblo se arrodillaban cuando la encontraban á su paso por las calles de Ferrara, y los pobres la bendecian.

De entre la multitud de sus adoradores, escogia Lucrecia alguna vez al mas gallardo, el mas valiente, mas caballero ó de mas ingenio, y estinguída su pasión, se deshacia de él con la mayor facilidad, provocando un duelo ó en el estrépito de un festín; de esta manera el secreto de su pasión se sepultaba con su amante.

Mas apesar de lo inconstante de su carácter, una vez llegó á sentir un amor verdadero y profundo. Uno de los muchos que le dedicaron sus versos, estaba loco por ella como tantos otros: Pembo, que así se llamaba, consiguió que leyera sus producciones que gustaron mucho á Lucrecia, la cual habia reparado ya en la arrogante figura del poeta.

Pembo consiguió el amor de la peligrosa dama; pero ligero como todos los poetas, se vanaglorió

de su conquista, de su inesperada felicidad, sin cuidarse de que oyen las paredes y de que podian transmitir sus ecos hasta Alfonso, duque de Ferrara y cuarto marido de la hermosa Lucrecia.

Mas desconfiado que sus predecesores, Alfonso, hacia que espíasen á los dos amantes, y creyó poseer secretamente pruebas condenatorias contra Lucrecia, mientras que esta, que no gustaba de conservar mucho tiempo un marido, estaba cansada de Alfonso y hacia inútiles tentativas para arrancarle la vida.

Pero como un solo rasgo de la vida, es lo suficiente para pintar el carácter de un individuo, trasladamos aqui de una antigua crónica florentina, un diálogo entablado entre el duque de Valentinois, César Borgia su hermano, tan cruel y tan malvado como su hermana, y Lucrecia.

César Borgia.—Ya te escucho, Lucrecia.

Lucrecia.—Me amas algun poco, César?

César.—Quién puede dejar de amarte! ¡O hermana, hermana mia! yo te amo! Ordena lo que gustes.

Lucrecia.—Y yo tambien, te amo, mi buen César; pero escucha, escúchame bien: lo que voy á decirte es grave, espantoso quizás; pero qué importa?

César.—Me estremeces! Habla, di pronto, Lucrecia.

Lucrecia.—Ya te acordarás, César, que fuiste tú el que me dió el veneno que me libró de mi primer marido, de aquel hidalgo bastardo, aquel aventurero aragonés que solo me inspiraba fastidio, te acuerdas?

César.—Me acuerdo, si; el veneno era eficaz.

Lucrecia.—Sabes tambien, mi noble hermano, valeroso soldado, que por complacerme diste muerte en su lecho á mi segundo marido, Juan Sforce, duque de Pesaro, de quien intentaba nuestro padre separarme con el divorcio. Aquella vez te precipitaste; de lo que pasó entonces no te habrás olvidado, César?

César.—No, seguramente; de mi memoria jamás se borrará.

Lucrecia.—Ni tampoco de la obscura noche en que mi tercer marido Alfonso, duque de Bisoglia, murió ahogado en el Tiber? Tu estabas allí...

César.—Es verdad; tampoco.

Lucrecia.—Sabes tú que nuestro padre no hace mas que mi voluntad, que me contempla cuan-

lo puede, que me concede cuantos esposos le pido, y que ahora mismo estoy en guerra con Alfonso.

César.—Tu cuarto marido? Si, ya lo sé; pero que quieres decir, Lucrecia, que pretendes?

Lucrecia.—No lo adivinas? Mi vida entera al que desate los lazos que me unen á Alfonso, hermano de Ferrara.

César.—Entiendo, obedeceré!

Lucrecia.—No es esto todo, César. Tú conoces á Pedro Pembo, que tan lindos versos me dedica; conoce tambien á la Morosina, encantadora niña de quien Pembo está enamorado.

César.—Y qué?

Lucrecia.—Que es preciso que la Morosina, amada de Pembo sucumba esta noche al irresistible impulso de tu veneno.

—*César.*—Por tí, Lucrecia, todo se hará, pero Pembo?..

Lucrecia.—Que viva; hace tan buenos versos! me aconester dejar vivir á los poetas.

César.—Pembo, hermana, morirá por que es mi amante.

ALFONSO DE ESTE, apareciendo con varios criados que conducian un cadáver ensangrentado.—No morirá, dice César, porque está ya muerto! Todo lo he escuchado y seguramente que vuestra conversacion era de las mas edificantes. No hay duda; señor duque de Valentinois, que sois un hombre muy galante. Ahí tenéis á la que no os avergonzáis en llamar hermana; la Morosina me pertenece á mí; pero de entre nosotras cuatro, yo os juro por Dios, señora y monseñor, que no alejarán dos mañanas.

ARABIA PETREA.

El pais mas célebre de la antigüedad, aquel cuya historia se remonta al origen mismo del mundo, era, todavia hace pocos años, casi del todo desconocido: monumentos gigantescos y de una rara perfeccion yacian ocultos en medio de ruínas enormes, que han hecho dar á la parte septentrional de la Arabia el nombre de Petra. Sabíase solamente por tradiciones vagas que habia existido allí una ciudad que sobrepujaba en estension y en magnificiencia á la reina de los desiertos, la famosa Palmira; pero los estúpidos habitantes de las cercanías, cediendo al influjo de absurdas preocupaciones, prohibian al curioso viajero aproximarse á aquellas venerandas rocas, y parecia que habian heredado en aquella tierra bíblica la desconfianza de sus padres, diciendo á los viandantes como en otro tiempo Edom á Israel: *No pases!*

Este pais, sin embargo, es todavia uno de los mas interesantes del mundo, por que allí es donde las antiguas costumbres del Oriente se han conservado puras é inmutables. Las mismas tribus

errantes, sometidas á algunos gefes de familia, las mismas piedras consagradas en los parages santos, las guerras y las venganzas hereditarias entre las hordas, la vida pobre é inquieta del desierto, la hospitalidad, todo se halla en el mismo estado que en sus primitivos tiempos.

El viajero que cumple un voto es mas respetado que otro cualquiera, y la mejor recomendacion es el título de peregrino. He aquí una parte del mundo que será difícil, aun á nuestra poderosa civilizacion, reconstruir y renovar, pues bajo influencias no menos edificas sin duda, delante de las águilas de Roma y á pesar de las guerras de las Cruzadas ha permanecido la misma.

El célebre y jóven viajero Delaborde acaba de publicar una curiosa y exacta relacion de su viaje por este desconocido pais. Despues de haber atravesado el Asía menor, visitado la Siria, Alepo, el Libano, Damasco y Palmira, acometió la arrojada empresa de penetrar en la antigua ciudad de Petra.

Todo en estos lugares, dice Delaborde, recuerda los tiempos de Moisés y las costumbres pastorales de la Biblia. Despues de atravesar un valle estrecho y pintoresco, desde donde se principia á descubrir la cima nebulosa del monte Sinal, se llega á una piedra alzada de siete pies de altura. Inmediatamente los arabes se apean de sus camellos, se aproximan á la sagrada piedra; pasan la mano encima de esta roca gastada por el frote, y se la acercan al rostro gritando: *El fatha!* (invocacion ordinaria en los peligrós de las peregrinaciones.) Los viajeros hacen como sus guías, y gritan muy formalmente: *El fatha!*—Moisés, segun dicen los árabes, descansó sobre esta piedra.

No lejos de este sitio, otra piedra sirve de límite entre los arabes del Norte y los beduinos de la península de Sinal. Véase allí amontonada una prodigiosa cantidad de piedras, que cada uno arroja sobre el monton al pasar: uso religioso que ha formado gran parte de esos *támulos* esparcidos en el antiguo mundo. Los mahometanos creen que al conducir Abraham á su hijo al lugar del sacrificio, arrojó tambien piedras á Satanás, que queria separarle de la obediencia á las órdenes del cielo.

En la cumbre del monte Har, la mas alta roca del pais, se eleva una pila de escombros que dicen ser el sepulcro de Aarón.

Vero la parte mas interesante de la narracion de Delaborde es aquella en que consigna la descripcion de Petra. Encerrada en un laberinto de montañas escarpadas, pero hoy reducida á ruinas, se elevaba en otro tiempo rica y floreciente la famosa ciudad que se disputaron los conquistadores. Entre sus ricos monumentos debe citarse el magnífico sepulcro, esculpido todo él con sus columnas corintias, en la roca de la montaña, y llamada hoy el *Khassé* ó tesoro de Faraón.

Una inscripcion latina, la única que se halla en Petra, dá el nombre de *Q. Prætextus* (ó tal vez

Præxtalus) Florentinus, gobernador de esta provincia de la Arabia, y parece pertenecer á los tiempos de Adriano ó de Antonino el Pio.

El viage de Delaborde no ha tenido solamente por objeto la contemplacion de los monumentos; sino que su obra contiene importantes y útiles noticias sobre las plantas y los animales de la Ara-

bia, acompañadas de un gran mapa; resumen completo de conocimientos geográficos relativos á este punto del mundo.

A estos ligeros datos tomados de la obra del viajero francés, añadimos el siguiente grabado, para que nuestros lectores formen una idea del traje que visten los habitantes de Alepo en Siria.



LA DESDICHA EN EL FAVOR.

IV.

Los dos favoritos.

«Los acontecimientos de anoche son de una naturaleza que á todos nos importa sepultar en el mas profundo silencio. Gracias á vuestra sagacidad, á vuestro esquisito talento, el rey no se enteró de nada y no ha sido poca dicha. No creáis que trató de reconveniros por la visita del marqués, ni tampoco imaginéis que pienso abusar de las ventajas de mi posición para causaros el menor perjuicio. Sé muy bien que sois inocente y digna

del cariño que os profesa el monarca. El marqués me ha explicado todo en un momento solemne, y yo doy demasiado crédito á las palabras de un moribundo para no estar seguro de que vuestra conducta es irreprochable....!»

Dios mío! exclamó María, interrumpiendo la lectura, se han desahogado y por lo visto el marqués ha sido victima en este duelo fatal!... Osorio!... Osorio!... gritó desde la puerta: al momento á casa del marqués de Ayamonte á informarte de como está de salud... no digas que vés de mi parte... habla con los criados, pregunta, averigüalo todo, pero sin que sospechen que yo te envío... ¿entiendes?

—Desconfiad, señora, que todo lo haré como deseáis.

— Habla si puedes con Inés, que es de toda confianza, dile que venga esta tarde á traerme noticias... que lo cuden mucho...

El criado salió precipitadamente.

Después de un rato que permaneció María inmóvil en su sillón, continuó la lectura de la carta en estos términos:

...«Es necesario sin embargo que os asociéis á mis planes; los dos gozamos igual favor del rey, los dos debemos entendernos, y entonces su voluntad será la nuestra. Si anoche no nos hubiesen interrumpido tan inoportunamente, quizás yo hubiese logrado persuadros de que en mi tenéis un amigo sincero que sabe apreciar vuestros talentos... un adorador que estima en lo que valen vuestras gracias. Bien veo que este lenguaje os sorprende; pero si reflexionais que sois hermosa y buena, no extrañareis el ascendiente que ejercois sobre los que tienen la desgracia ó la fortuna de gemir bajo el yugo de vuestras miradas. Nada exijo de vos sino que perdoneis el atrevimiento á vuestro mas sincero amigo,

EL CONDE-DUQUE.

— ¿Estoy soñando ó despierta? dijo María; esto es una declaración de amor. Olivares enamorado de mí... no puedo creerlo; aquí hay un misterio, un lazo tal vez... Y sin reflexionar mas escribió lo que sigue:

« Señor conde: siempre os he creído hombre de buen humor; pero no imaginé nunca que lleváseis las chanzas á tal extremo. Nada sé, nada comprendo de cuanto me decís en vuestra carta de lo ocurrido anoche, de las palabras de un moribundo, y de otras cosas por el estilo. Estoy segura de vuestro aprecio y amistad; pero os ruego que ni en broma volváis á usar de las palabras que os permitis al final del escrito á que me refiero, porque tendria que contestaros de otra manera menos agradable, vuestra amiga y servidora.»

MARIA.

Después de enviar el billete á su destino, María dió orden á los criados para que dijese que no recibía á nadie, y volvió á entregarse á las reflexiones á que daban lugar los sucesos acaecidos en las últimas 24 horas. «No hay duda, decía entre sí: el conde ha querido tenderme un lazo; esta carta no puede tener otro objeto, que el de arrancarme una contestacion para tener un documento que presentar al rey y hacerle creer lo que convenga á sus designios.» Ah! estoy perdida en este mar proceloso de intrigas... entre esta turba de cortesanos, contra quienes nada puede mi experiencia. Si al menos tuviese un amigo... Si el marqués... ¿Pero será verdad lo del desafío?... Osorio entró al mismo tiempo.

— ¿Qué hay, Osorio?

— Nada, señora, el marqués ha marchado esta madrugada, y no tenia la menor novedad en su salud.

— Está bien, veté. — Que mas prueba de la

perfidia del conde? Han querido sorprenderme! Pero ¿con qué objeto? ¿Qué daño les he hecho yo que en nada me mezclo, que á ninguno quiero mal? Son celos, no hay duda, del cariño del rey... celos de un amor que me hace infeliz!... La hora se acerca de ir á palacio; veremos si allí puedo penetrar algo de este funesto arcano.... Osorio! que pongan el coche.

Diez minutos despues, María subia la escalera de palacio en la que encontró al conde-duque que bajaba.

— Permitted, señora, dijo este, que os acompañe hasta la antecámara.

— Como gustéis, contestó María.

— ¿Sabéis, continuó Olivares dándole la mano, que para el poco tiempo que lleváis, haceis una cortesana completa?

— Es que aprovecho vuestras lecciones.

— Mas frúto sacarais de ellas, si fúeséis dócil á los consejos de quien os quiera bien.

— ¿Y quien os ha dicho que yo los desprecio?

— Vos misma que habéis tomado á broma mi carta de hoy.

— Bien conocéis, señor conde, que no debía tomarla de otro modo..

— Y sin embargo, la cosa es demasiado seria.

— Tan seria como la herida del marqués, ¿no es verdad? dijo irónicamente María.

— Y qué, ¿no está el marqués herido peligrosamente?

— Tanto, que ha partido esta mañana para Andalucía.

— No puede ser; yo le he visto á mis pies bañado en sangre, próximo á exhalar el último suspiro.

— Tengo motivos para creer que os engañais... ó que os engañaron.

En esto llegaron á la antecámara donde habia varios cortesanos ocupados en referir un suceso ocurrido la noche anterior. La ronda habla encontrado á un escudero del marqués de Ayzmonte gravemente herido, en una de las calles inmediatas á donde vivia María, sin que se supiese quien era el agresor, ni la causa de la herida; porque el paciente no habia consentido declarar nada. María miró al conde, y este se mordió los labios conociendo su error; habia sido victima de una supercheria del marqués.

El día pasó sin incidente que merezca referirse; el rey estuvo mas jovial, mas complaciente, mas obsequioso que nunca con María, y esta se retiró á la noche á su casa á la hora de costumbre.

Ya iba á meterse en la cama, cuando le pareció sentir ruido en el balcón de la alcoba que daba á una calle escusada. Aplicó el oído, y conoció distintamente la voz del marqués. «Abrid, María, dijo llamando en los cristales; abrid que me siguen.»

María abrió y entró el marqués todo azorado; cuando se hubo repuesto un poco, refirió á María como despues de lo acaecido la noche anterior, habia fingido emprender su marcha permaneciendo

oculto todo el día, con el fin de verla y reiterarle las instancias para que le siguiera; que habiéndose disfrazado, espío el momento de su entrada en la casa, para trepar por el balcón, á fin de que no lo sintiesen los criados, y que cuando ya estaba arriba le habia parecido distinguir dos bultos que lo observaban en la esquina de la calle.

Maria trémula, muerta de miedo, se arrojó á los pies del marqués para suplicarle que se fuera y la dejase. En esta actitud la sorprendió el conde-duque que de repente se presentó en la sala, seguido de un alcalde de casa y corte y otros ministros de justicia. « Señor marqués, dijo con tono severo; en nombre del rey dáos á prision.»

—¿ Con que motivo se me quiere arrestar? preguntó el marqués.

—El motivo lo sabreis despúes. Ahora solo os toca obedecer y seguirnos.

El marqués sin replicar marchó con los ministros de justicia.

—Habeis querido la guerra, dijo en voz baja el conde á Maria; no tenéis porqué quejaros.

Maria pasó la noche entregada á la mas angustiosa congoja. Apenas habia empezado á amanecer cuando sintió que paraba un coche á la puerta: un criado entró á decirle que la buscaba un caballero de parte del rey.

Maria le salió al encuentro y se halló con el duque de Medina de las Torres, quien le entregó una orden de Felipe, en la que le prevenia que partiese inmediatamente en aquel coche á encerrarse en el convento de las Huelgas de Burgos.

Maria sin pronunciar una sola palabra se dispuso á obedecer. «Supongo, dijo al duque, que me dejarán llevar á mi hijo en mi compañía.»

—Mucho siento, señora, contestó aquel, teneros que decir que he recibido órdenes contrarias á vuestro deseo.

Maria no pudo resistir mas y cayó desmayada. Vuelta en si la condujeron al coche, donde subió con ella el duque, una dueña y un criado que debian acompañarla hasta Burgos. En el capítulo primero hemos dado ya cuenta al lector de la manera como fué recibida por la abadesa del convento de las Huelgas.

V.

Aclaraciones.

Cinco años permaneció Maria en el convento entregada á la mas profunda melancolia y sostenida solo por la esperanza de que el rey hiciese alguna vez justicia á su inocencia. Sin embargo, en todo este tiempo las gestiones de sus amigos cerca del monarca habian sido de todo punto inútiles, porque las contrarrestaba el conde-duque auxiliado de la reina, que como es de suponer odiaba á Maria; lo que causaba á esta muger pena era no saber de su hijo, que poco despues de salir ella de Madrid le habian sacado de la casa sin que nadie supiese el paradero. Maria le juzgaba á veces muerto, y esta idea la producía tan agudo dolor que la hacia caer en un especie de delirio ó enagenacion mental



que daba gran cuidado á la abadesa, siempre afectuosa, siempre solícita con ella.

Un suceso inesperado puso colmo á su aflicción con notable peligro de su vida; un día que se hallaba en el locutorio con otras religiosas, fué á ver á una educanda de noble familia un hermano suyo que se hallaba en Burgos de paso para las guerras de Flandes. Rodó la conversacion sobre los sucesos de la corte, y el jóven caballero, sin imaginar el daño que causaba, refirió como el marqués de Ayamonte habia sido decapitado, por suponerse cómplice en una conspiración que tenia por objeto, de acuerdo con el de Medina-Sidonia, declarar independientes las Andalucías como se habia declarado Portugal. No pudo María acabar de oír esta relación; un agudo grito que lanzó hizo que todos fijasen la vista en ella cuando ya habia caído al suelo sin conocimiento. La llevaron á su cuarto, la prodigaron cuantos auxilios reclamaba su estado, pero inutilmente. Volvió del desmayo acometida de una fiebre nerviosa que ninguna esperanza dejaba de salvarla. La abadesa pasaba los días y las noches al lado de su cama procurando con palabras de consuelo despertar su esperanza y consolarla de tan crudo golpe.

—No os canséis, amiga mía, le decía María, tristemente. Lo mismo que al marqués habrán sacrificado á mi hijo y yo no debo vivir. ¿De qué me servirá la vida si jamás he de ver al hijo de mis entrañas? Ah! vos no sabéis lo que es un hijo...

Y los sollozos ahogaban su voz.

—¿Por qué buscáis, le decía la abadesa, en vuestra imaginación el medio de atormentaros? ¿Por qué no habéis de suponer que el rey habrá cuidado de vuestro hijo, que es el suyo?...

—El rey sí, interrumpió María, pero el conde-duque no. Si yo hubiese accedido á sus deseos, si yo hubiera consentido en ser una infame asociandoma á sus planes para engañar al monarca... Ah! que idea, exclamó de repente María, quiero vengarme... sí, quiero y puedo vengarme de él. ¿Sabéis Leonor (así se llamaba la abadesa) que tengo una carta del conde que puede perderlo?

—Una carta!

—Sí, una carta que me escribió y de que nunca os he hablado; una carta de que no he querido hacer uso por miedo de perjudicar al marqués; pero ahora que este no existe ninguna consideración puede detenerme. Mi muerte es ya inevitable; pero antes de bajar al sepulcro quiero quedar justificada. Tomad; en el último cajón de esa papelera veréis una bolsa verde, y dentro de ella varios papeles; sacadlos y hacedme la carta de que os hablaba.

La abadesa obedeció, y en efecto en la cartera estaba la carta del conde-duque que el lector ya conoce. Examinada por la abadesa, convinieron ambas en que se enviaria al tío de esta para que la hiciese llegar á manos del rey. María la acompañó de otra en donde, sin quejarse de los malos tratamientos del monarca, le declaraba que era ino-

cente y le recomendaba á su hijo. Un mensajero se despachó al punto, y al parecer un rayo de esperanza brilló en los ojos de María. Pero ya era tarde; agoviada por el peso del mal y agotadas sus fuerzas con el esfuerzo que acababa de hacer, la fiebre se aumentó y succumbió á los cinco días en brazos de la abadesa, despues de una prolongada agonía. Aun estaba caliente el cadáver de la infeliz, cuando llegó un correo á Burgos ganando horas con pliegos para la superiora de las Huelgas. Era la orden del monarca para que se trasladase María á la corte inmediatamente, cuya orden iba acompañada de una carta autógrafa para esta en que Felipe le pedía perdón por su ligereza y le hacia mil protestas de amor. En la comunicación de la abadesa se la prevenía que abriese el pliego que le fué entregado cuando María entró en el convento, y que pasase á sus manos el documento que contenía, que no era otra cosa que una declaración de Felipe IV reconociendo como hijo bastardo al hijo de María, bajel nombre de don Juan de Austria, en memoria del célebre hermano de Felipe II. Con este nombre se le conoce en la historia, ya combatiendo los rebeldes de Portugal en el reinado de su padre, á ya dirigiendo los negocios públicos como primer ministro de su sobrino Carlos II.

La abadesa despachó el correo noticiando al rey la muerte de la desdichada María, á quien se hicieron unos funerales propiamente regios, y poco tiempo despues se supo con extraña admiración y gozo la caída del ministro y favorito Olivares tan deseada de todos.

FIN DE LA NOVELA.

LA CANCIÓN DE ELOISA.

Al anocheecer de un hermoso día, el jóven profesor de música, Adolfo, venia á despedirse con entrañable pena de la interesante jóven Eloisa. Ambos se habian dado palabra de esposos, porque Adolfo, enamorado de Eloisa, la mas linda de las doncellas de aquel pueblo, donde habia pasado algunos meses, habia conquistado el afecto de la jóven y obtenido el beneplacito de sus padres, bajo la condicion de que volviese á la corte á terminar sus estudios, y asegurando su porvenir se hiciese mas acreedor á la mano de su hija. En aquel la razon porque Adolfo y Eloisa iban á verse separados desde el día siguiente. Estos dos encontraban solos y la hora del crepusculo inspiraba suave melancolía, Adolfo cogió la guitarra y acercándose á su querida, le dijo:

Eloisa, ¿quieres cantar por la última vez esa canción que te he dedicado y que tanto te gusta?... Cuando estemos separados, y á esta hora del día que inspira recogimiento, cada uno de nosotros ejecutará su parte donde se encuentre y esto nos unirá invisiblemente.

Eloisa á pesar de que la agitación de aquel

momento alteraba un poco su voz, empezó su canción favorita. Adolfo la acompañaba en la guitarra y las lágrimas interrumpieron aquella canción a la segunda vez que la repetían. Adolfo escogió aquel momento para su despedida, abrazó á su querida y partió.

Ambos fueron fieles á su promesa, todos los días á aquella misma hora Eloísa entonaba su canción, mientras que Adolfo lejos de ella ejecutaba su acompañamiento en la guitarra, como distrayéndose de sus graves ocupaciones del día. La hora de anochecer, es solemne y misteriosa, dispone involuntariamente á la meditación y con aquellas nubes rojizas que se presentan en el horizonte parece que reviven todos nuestros recuerdos y se renuevan todos los días que han transcurrido, unos risueños y cubiertos de rosas y otros pálidos y enebiertos con un créspon. En esta hora el postrer zumbido del viento en las hojas de los árboles, parece que modula aires que nos alegran ó nos entristecen, por que la música es la voz del alma. Adolfo se detenía algunas veces, pareciéndole que los sonidos de la voz encantadora de Eloísa resonaban mezclados con las vibraciones de su guitarra.

Dos años después, Eloísa se hallaba en compañía de su padre, hablando de Adolfo y de su próximo regreso en el cenador de su huerto. Este cenador casi natural, se había formado, entretegiendo por la parte de arriba las ramas de cuatro acacias, y plantando en los huecos de tronco á tronco algunas lilas, cuyas hojas de un verde sombrío, llenaban todos los huecos y contrastaban admirablemente con los blancos y perfumados racimos de flores que colgaban de las acacias. El padre á poco tiempo dejó sola á Eloísa, y esta cuando por la estrecha entrada del cenador vió en el horizonte la banda de púrpura producida por los reflejos del sol poniente, se acordó de la hora consagrada á sus recuerdos, y entonó su canción favorita... de improviso se detuvo para escuchar: todo estaba en silencio, y sin duda algun susurro del viento entre las hojas es lo que había llegado á sus oídos. Volvió á empezar otra copla, y entonces escuchó claramente el acompañamiento de la guitarra de Adolfo. Eloísa se precipitó á la puerta del cenador, donde se halló en brazos de su querido, que no se apartó de ella hasta conducirla al pie de los altares.

A el año de su boda ya tenían una hermosa niña, fruto querido de una union que el padre de Eloísa había bendecido antes de morir. Como los bienes de que su esposa era heredera estaban en aquel pueblo y necesitaban continua inspeccion, Adolfo resolvió fijarse en él por algun tiempo, contribuyendo á mejorarlos con lo que le producía el ejercicio de su talento. Compró terreno inmediato á la casa, hizo que á esta la revocasen de nuevo, dejándola blanca como la nieve, con persianas verdes y una espáldera con rosales de Bengala al rededor del friso. Separó el huerto de la casa, cerrándolo

le con una empalizada de madera y dejando entre ambos una esplanada de arena menuda, donde se soltaba á andar su niña; pero esta murió á poco tiempo, y este fué el principio de las desdichas de aquella familia. La pesadumbre de los padres fué indecible. Adolfo cayó enfermo y solo el apartarla de aquellos sitios, se consideró como remedio de su mal. Partió pues á la corte; pero la infeliz Eloísa mas digna de compasion por lo que había padecido, disimulando su pena para no aumentar la de su esposo; así que se vió tambien privada de la compañía de este, fué victima de su dolor. Cuando conoció que su fin se acercaba, dejó escrita á su esposo la carta siguiente.

«Voy á reunirme con mi niña y á esperarte en una vida mejor. Si los muertos tienen poder de aparecer sobre la tierra, tú me volverás á ver, puesto que mi sombra andará errante al rededor tuyo. Cuando llegue el día en que podamos reunirnos, vendré á buscarte y nuestras dos almas reunidas se elevaran, dejando esta tierra donde no tienen objeto de su cariño. Ya seas feliz ó desgraciado, ya estés triste ó alegre, espero que por la tarde y particularmente el día del aniversario de mi muerte, tocarás en tu guitarra esa canción que por tanto tiempo ha sido mi único consuelo y que ha calmado los dolores de nuestra larga ausencia. Esta triste armonía á la hora en que el sol se pone, en que las flores exhalan su perfume antes de cerrar sus cálices y en que las oraciones suben al cielo con el sonido de la campana que las anuncia, será mas grata á mi alma que los conciertos de los serafines.»

Adolfo quedó petrificado con la lectura de esta carta, su profundo dolor solo se traslucía por el movimiento convulsivo con que estrechaba el papel en una de sus manos, mientras que con la otra cubría su rostro bañado de acerbo llanto.



Así permaneció largo rato, dando señales de haber perdido el juicio y aunque luego manifestó mas calma, la mas negra melancolla se apoderó de él para no dejarle jamás. Volvió inmediatamente á su casa y encerrándose en el aposento donde había fallecido su esposa, ni quiso recibir á nadie, ni

salir para parte ninguna. Cuando llegó el aniversario de la muerte de su esposa se vistió con esmero, cosa que hasta entonces no había hecho, adornó con flores el aposento y al anochecer se encerró en él con su guitarra, para tocar el acompañamiento de la canción favorita de su esposa.

Cuando fueron á buscarle le encontraron desmayado en el suelo. Ya no quedaba duda de que no estaba en su sano juicio y por lo mismo le hicieron viajar para que desvaneciese sus ilusiones. Poco antes de cumplirse el año volvió, al parecer restablecido: pero siempre triste y silencioso. El día del aniversario de la muerte de su esposa, tuvo buen cuidado de llenar el aposento de frescas flores, despues vestido como en el día de boda, se encerró al anochecer en el aposento para ejecutar siempre la misma canción.

Al día siguiente le encontraron todavía tendido en el suelo y cuando quisieron sacarle de allí, al ver lo descompuesto de sus facciones, contestó friamente: «que se mataría si no le dejaban en aquel aposento donde había fallecido su esposa y á vista de aquel lecho todavía descompuesto como en el momento de su muerte.»

Fué preciso condescender con él para que su estraviada razón no sufriese otro ataque con la resistencia.

He aquí lo que sucedía al desgraciado Adolfo; en el primer aniversario, apenas había empezado el acompañamiento de la canción, cuando había oído la voz de su esposa, mezclándose con las vibraciones de la guitarra. Paraba él, y la voz paraba también. En el segundo aniversario, creyendo que había sido víctima de una ilusión, puso el mayor cuidado al coger la guitarra, mas apenas había pulsado las cuerdas ya la voz de su esposa, resonaba en sus oídos. Esto le causaba al principio cierto placer; pero concluía con tan violenta emoción de terror y de pena, que las dos veces había caído al suelo privado de conocimiento, pasando mucho tiempo en un profundo desmayo.

Estas violencias sensaciones que le agitaban la mayor parte de las noches, fueron enflaqueciendo su cuerpo, desfigurando su rostro en el que sus hundidos ojos tenían en el fondo de su órbita un brillo sobrenatural. Solo tenía vida lo preciso para sentir y padecer.

Entre las personas allegadas á Adolfo, solo un amigo no le tuvo por loco y conoció que en la conducta de su amigo había algo de extraordinario. Empeñóse en saber lo que hacía encerrado en el aposento y Adolfo le reveló en confianza que al tocar su guitarra, la sombra de su esposa venía á cantar con él, que la muerte era realmente el principio de otra vida, porque á medida que la suya se acababa vivía mas íntimamente con la mujer á quien había amado tanto; que durante aquella misteriosa armonía que escuchaba, especialmente en los aniversarios, le parecía tener á Eloísa á su lado; que se encontraba feliz y que nada mas pedía ni al cielo ni á los hombres.

El amigo resuelto á comprobar un suceso tan extraordinario, tuvo buen cuidado de ocultarse en sitio conveniente, cuando llegó el tercer aniversario de la muerte de Eloísa. Adolfo segun su costumbre se había puesto de gala, había adornado con flores el cuarto de la difunta y hasta había esparcido rosas secas sobre su lecho. Al anochecer



se encerró, cogió la guitarra y empezó á tocar. El amigo que estaba oculto empezó también á temblar escuchando la voz de Eloísa mezclada suavemente con los tonos de la guitarra. Adolfo paró de tocar y puesto de rodillas hizo una breve oración, despues levantándose como inspirado volvió á ejecutar el acompañamiento, prestando al mismo tiempo la mayor atención hacia donde sonaba la voz misteriosa.

De nuevo empezó aquella celeste música, aquella canción cual nunca se la oído ni oír, y si Adolfo emlargado por la sensación suspendía el tocar por algunos momentos, la voz continuaba por sí sola. Al concluir la última estrofa, sintióse el lastimero quejido de una muger, las cuerdas de la guitarra saltaron todas de improviso y Adolfo cayó cuan largo era en el suelo.

Su amigo que hasta entonces había permanecido inmóvil como una estatua, se precipitó en el aposento para socorrerle; mas cuando fué á levantarlo, Adolfo ya no existía.

AVISO IMPORTANTE.

En el número próximo repartiremos á los suscritores el nuevo prospecto que tenemos ofrecido de la **Biblioteca Popular Económica**, sobre el que llamamos anticipadamente su atención, pues que en él están detalladas las mejoras que vamos á introducir, las obras que pensamos publicar y el regalo que preparamos á los que nos favorecen.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE D. F. DE P. MELLADO, - EDITOR.
Calle del Serdo núm. 11.